

también magníficas y trabajadas con arte por Carlos Maratta, Gemignani, Camassci y Mannoni. En la pequeña capilla de la derecha se encuentra una estatua en bronce que representa á San Juan Bautista, hecha por Valadier, según el original de Donatello. En la izquierda se ve otra estatua de bronce, es obra de Giambatista de la Porta y representa á San Juan Evangelista.

Por último las *Termas de Tito* visitaremos y habremos concluido nuestra peregrinación en Roma.

Situadas fueron sobre la área que ocupaba la casa de Mecenate y por orden de este emperador hijo de Vespasiano. Parece que en estas termas existía un palacio en el cual estaba colocado el célebre grupo de Laoconte que hoy en el Museo Vaticano se encuentra. Miguel Angel ponderaba en gran manera el mérito de esta obra y lamentaba fuese desconocido el autor.

De estas termas, casi no existen recuerdos. Los subterráneos estaban adornados con exquisitas y ricas pinturas y arabescos. Juan de Udina y Rafael de Urbino visitaron con frecuencia estos subterráneos con el fin de copiar las pinturas.



CAPITULO DECIMOSEXTO.

Partida del Sr. Canónigo Torres.— Paquetes postales.— Partida de otra parte de peregrinos.— Melancólicas reflexiones.— Funesta noticia.— Partida á la estación del ferrocarril.— En el andén.— Ultimo abrazo al Sr. Dr. Ruiz.— Agradecimiento al Sr. Cónsul.— Hora de partir.— Adiós á Roma.

DESPUES de varias reuniones que los peregrinos que permanecíamos en Roma habíamos tenido, resolvimos tomar el primer vapor francés que zarpara para las Américas, pues ya no era posible permanecer más tiempo alejados de nuestra adorada patria, y tal vez más tarde podría haber peores dificultades. El Sr. Canónigo Torres determinó irse luego á Gé-

mora, donde tomaría el primer vapor para Nueva York, pues ya los padres de la Compañía de Jesús le habían recomendado. El Sr. Canónigo Rosas, los padres Vera, Maciel, Luque, Barbosa y Lopitos, por tener pendiente un asunto en Loreto, aun no determinaron su partida, y nosotros, es decir, el padre Vilchis, mi tío, mi hermana y yo nos fuimos luego con el Sr. Dr. Ruiz á la Agencia Cook situada en la plaza de España, 113, á tomar nuestros boletos de segunda clase para París, con escala en Florencia y Milán, los que nos costaron 130 francos, buenos para el día siguiente. Todo quedaba arreglado y llenos de una profunda tristeza nos retiramos al *albergo*, para disponer nuestras cosas, llevando la mayor parte de los recuerdos para el Colegio Pío Latino Americano, donde el señor doctor nos había hecho favor de recomendar al procurador, que es un atento caballero, hiciera varios paquetes postales para enviarlos por correo certificados, y por los que pagamos 3,75 céntimos de lira, se entiende por cada uno, según nuestra moneda, sin hacer mención del cambio, tres pesetas de 20 centavos, como las que á principio de año comenza-

ron á circular y 15 centavos más, pero seguros estaban, y una buena molestia nos evitábamos, tanto más cuanto que tendríamos todavía varias fronteras que atravesar y nos exponíamos á pagar más de una aduana como á los padres de Querétaro les aconteció en Irím, aduana española donde ciento y pico de pesetas les cobraron.

Por fin, á las ocho de la mañana del jueves 28 de Abril nos dispusimos para partir, en medio de un buen chubasco que el cielo nos enviaba. Tomamos un coche y dando un eterno adiós á la Sra. Scotti, á su esposo, hijos y á Eugenia, que tan finos se habían siempre mostrado, así como las correspondientes gracias, descendimos del quinto piso, pues diariamente subíamos 100 escalones, para tomar el coche que ya nos esperaba, y al Colegio Pío Latino nos dirigimos, en busca del señor doctor que nos esperaba. Fuímonos con anticipación para estar un poco de más tiempo con el cariñoso amigo, con el simpático paisano, con el venerable Sr. Abad de la insigne Colegiata de Santa María de Guadalupe, con el ilustrado cicerone, con.... pues ya había llegado el tiempo de separarnos y tal vez para no vol-

vernos á ver. Haciéndole aún muchos encargos estuvimos, al mismo tiempo que manifestándole nuestros sinceros y eternos agradecimientos, así como reembolsándole algunas cantidades que su bondad, con frecuencia, nos ministraba.

Dos sentimientos muy contrarios pugnan á la vez; por una parte, como era muy natural, sentíamos sumo regocijo al ver que muy pronto, con el amparo de la Providencia, volveríamos á pisar la tierra santificada por la Virgen de Guadalupe, y por otra nos causaba gran pena el abandonar nuestra tierra también, porque en verdad aquí no nos contábamos como extranjeros, supuesto que aquí reside nuestro Padre, aquí está el centro de nuestra comunión, y por lo mismo, al recordar las caricias que recibíamos del venerable y santo sucesor de San Pedro, nuestro amoroso padre, el corazón sentíase lleno de angustia y más por cierto se aumentaba á un sumo grado, cuando ya con el sombrero en la mano y próximos á salir de la del señor Doctor, se presentó el venerable señor Rector con un papel en la mano, el cual mostró al Sr. Dr. Ruiz, y el que nada menos traía la fatal no-

ticia que el cable comunicaba, de la muerte del resignado mártir, del insigne Sr. Abad de Guadalupe, del laborioso y caritativo sacerdote mejicano D. Antonio Plancarte y Labastida, de feliz memoria, y del cual no faltará quien cante sus proezas y glorias, pues vivió y murió mártir: hé aquí el mejor panegírico que de él me permito hacer. Pues bien, con tan triste é inesperada noticia demudóse enteramente el señor Doctor, tanto más cuanto que ni ocho días habían transecurrido de haber visto sus apreciables letras, llenas de amenidad y en las que siempre se chanceaba, como lo acostumbraba.

Así es que le rogamos no se molestara, que no saliera ya; mas de ninguna manera condescendió; fino siempre y en todo, veniéndose cual acostumbran hacerlo los grandes hombres, bajó las escaleras y tomamos los coches que ya nos esperaban, temiendo no alcanzar el tren, porque muy poco tiempo faltaba. Sin embargo, los cocheros se esmeraron en andar aprisa y faltaban diez minutos para la partida cuando llegamos á la estación. Registramos tan sólo los boletos, sacamos el del Padre Vilchis que fal-

taba y luego sin demora fuimos á ocupar nuestros asientos. No permitimos se esperara más tiempo el amable señor Doctor, y dándole un estrecho abrazo le suplicamos se retirara, á lo cual ya accedió y no volvimos á ver su amable rostro. Encontramos allí también al caballero Sr. Angelini, de quien tuvimos la oportunidad de volvernos á despedir y hacerle presente una vez más nuestro sumo agradecimiento y nuestra eterna gratitud.

Taciturnos y meditabundos estábamos esperando tan sólo la partida. Pues bien, el reloj de la estación marca las once, el conductor hace la señal y el tren se pone en movimiento. No pudimos hablar ni una palabra; nos encontrábamos embargados por un doble pesar, y por lo mismo, insensibles parecíamos.



CAPITULO DECIMO SEPTIMO.

Llegada á Florencia. — Albergo Bologna. — Catedral. — Bautisterio. — Puertas de bronce. — Estación del Ferrocarril. — Milán. — Duomo — Sus calles y comercio. — Estación del Ferrocarril. — Chiaso. — Aduana francesa. — París. — Hotel. — Don Juan. — Coches. — Boletos en la Compañía Francesa. — Advertencias. — Notre Dame. — Sacré Coeur. — San Eustaquio. — San Hemerico. — Santa Genoveva. — San Sulpicio. — San Ambrosio y Santa Cecilia. — Iglesia de la Magdalena. — Santa Lucía. — San Lázaro — Torre Eiffel. — Museo Grevin. — Adiós á París.

El cuarto de hora habíamos perdido de vista la ciudad de los Pontífices, la ciudad de los monumentos, la Roma moderna que por espacio de veintidós días nos había dado hospitalidad. Sin novedad alguna caminamos hasta las cuatro de la tarde, hora en que llegamos á Flo-